

Documento

Año electoral 2006 América Latina y sus tendencias políticas

FERNANDO MIRESES*

PARECE DIFÍCIL ANALIZAR LAS TENDENCIAS QUE SE están perfilando en el año electoral 2006 en América Latina sin referirse al reciente pasado marcado por las tenazas de la Guerra Fría.

En efecto, después de la simbólica caída del muro de Berlín, habiendo desaparecido la potencia comunista mundial, los EEUU dejaron de considerar a América Latina como a un campo en donde, entre otros, tenía lugar la disputa por la hegemonía planetaria. Así se explica que, paralelamente a los procesos de insurgencia que tenían lugar en los países de Europa del Este, en América Latina comenzó a tener lugar una suerte de declive de las dictaduras militares conocidas como de “seguridad nacional”, cuya función era contener el avance interno del comunismo e impedir que una segunda Cuba apareciera en el continente. Sin el abandono de esta política de parte de los EEUU sería imposible explicar porqué en América Latina, con excepción de Cuba, no exista hoy, en sentido estricto, ninguna dictadura militar. Eso quiere decir que desde el fin de la Guerra Fría, América Latina en general pareciera entrar a un proceso de democratización.

Ahora bien, lo que a primera vista llama la atención es que esa democratización tiende a asumir la forma predominante de una democratización desde y por la izquierda e impulsada por partidos que se dicen o son de izquierda. De tal modo, la así llamada izquierda latinoamericana parecería a simple vista ser el sujeto re-fundador en algunos casos (Chile, Uruguay) fundador en otros (Argentina) o constructor (Brasil) de una nueva democracia.

No obstante, una segunda mirada puede llevar a pensar que ese proceso de izquierdización democrática (o democratización de izquierda) que hoy tiene lugar no es tan simple, pues bajo el con-

cepto de izquierda se encuentran articuladas diferentes tendencias que no son siempre compatibles; más aún: que son antagónicas entre sí. Si uno hace un recorrido imaginario a través del mapa del continente, nos encontramos con tendencias socialistas democráticas (Bachelet, Vásquez Tabares), movimientistas (Lula) etnicistas (los movimientos indígenas de Ecuador y algunos de Bolivia) etno-nacionalistas (Morales), populistas institucionales (Kirchner) nacionalistas-democráticas (López Obrador) fascistas o fascistoides (Castro, Chávez, los hermanos Humala), todas denominadas desde la óptica de sus representantes, como “izquierda”. De ahí entonces que en América Latina es muy importante pluralizar el concepto de izquierda; y si pluralizamos hay que afirmar: *la izquierda latinoamericana no existe; aquello que sí existe son las izquierdas*, en todas sus diversas manifestaciones y colores.

La precariedad política de las derechas

Que la democratización que hoy tiene lugar en América Latina aparezca bajo el signo de la izquierda, tiene que ver sin dudas con la precariedad de las derechas políticas. Dicha precariedad puede ser explicada a partir de tres razones:

1. A diferencias de Europa, la derecha política latinoamericana no es representante de una antigua tradición conservadora. Eso quiere decir que el pasado que representa esa derecha es en gran medida un “pasado reciente”, y en algunos casos muy reciente. Eso significa a su vez, que las derechas, al no ser esencialmente conservadoras, son esencialmente modernas, y en muchos casos más modernas que las propias izquierdas. El pasado que representa el siglo XIX es terrateniente, oligárquico y antipolítico (caudillesco, militar, clerical) y de ese pasado quedan muy pocos restos, entre otras cosas, debido a los proyectos de modernización capitalista impulsados por la propia derecha política. Las derechas no pueden ni quieren hacerse cargo de ese pasado, y es por eso que su discurso es esencialmente “futurista”.
2. Las derechas latinoamericanas en lugar de aparecer como representantes de determinados valores conservadores, se han constituido, predominantemente, no como una derecha política sino que como *una derecha económica*. La mayoría de sus representantes electorales son ejecutivos de grandes empresas, o pertenecen a familias de magnates o empresarios, y sus discursos son esencialmente económicos (desarrollistas y

- modernizadores) La derecha política debe ser, por lo mismo, refundada. Eso implica para ella desligarse de su discurso esencialmente economicista. Pero sobre todo implica desligarse de su pasado reciente, ligado en muchas ocasiones, al de cruentas dictaduras militares
3. Que las derechas políticas hayan aunado su destino con las dictaduras militares de la Guerra Fría es la razón de su desprestigio político y de la enorme y justificada incredibilidad democrática que tienen en la mayoría de los países del continente (especialmente en el Cono Sur) La fusión de la derecha con dictaduras militares llevó en muchos casos a un proceso de autodisolución política del que les ha sido muy difícil rehacerse.

La rehabilitación política y sobre todo, democrática, de las derechas es, sin embargo, una de las condiciones más necesarias para la estabilización política de las propias izquierdas. Una izquierda sin derecha, o con una derecha muy precaria, puede sucumbir a la tentación de hacerse de todo el poder, lo que inevitablemente llevaría a su propia negación como izquierda. No todos los países del continente han tenido la suerte de tener estadistas conservadores, portavoces de una centro-derecha política democrática como Fox en México, Cardoso en Brasil, o Arias en Costa Rica. La mayoría de los gobiernos de derecha, o han sido militares, o latifundistas o empresariales. La democracia latinoamericana no sólo requiere de una izquierda democrática, la que ya existe, sino que también de una derecha democrática, la que sólo existe de modo parcial. En otras palabras: sólo la existencia de un juego democrático entre izquierda y derecha abre las posibilidades para el apareamiento de un “centro” político en disputa. La existencia de ese “centro” es la condición esencial para la vida política. Una política sin centro lleva a la polarización de sus agentes, y ese es el comienzo del fin de la política.

Las izquierdas políticas

Uno de los hechos más alentadores de los últimos años no sólo reside en la democratización que experimentan diversos países de la zona, tampoco en el hecho de que esa democratización esté siendo llevada a cabo bajo la hegemonía política de las izquierdas, sino que sobre todo en el hecho de que esa democratización significa también *la democratización de las propias izquierdas*.

La democratización de las izquierdas, fundamentalmente en el Cono Sur del continente, ha resultado de sus propias experiencias. No deja de ser notorio que precisamente en los países donde existieron las más sangrientas dictaduras militares (Argentina, Brasil, Chile, Uruguay), sean sus izquierdas mucho más democráticas que en países donde las izquierdas no pasaron por esas terribles experiencias. A veces la vida enseña mucho más que las más esclarecidas teorías. Y es que es así: *la democracia comienza a valorarse cuando se pierde*. El caso de la nueva Presidente de Chile es emblemático. Durante la dictadura su padre fue asesinado, ella fue enviada a prisión y torturada; padeció el exilio. Y, sin embargo, su mensaje político no es de odio ni de venganza sino que de unidad y reconciliación.

Pero no sólo fue la revaloración de la democracia lo que ha impulsado a esas izquierdas a su democratización, sino que una realidad objetiva que llevó a que esas izquierdas se vieran envueltas en complicados eventos que llevaron a la democratización post-dictatorial. Como es sabido, ninguna de las dictaduras latinoamericanas del pasado reciente fue derribada como consecuencia de un acto revolucionario. Por el contrario, ellas fueron disueltas sólo después de compromisos que las izquierdas hubieron de contraer con otras fuerzas políticas, incluyendo a los propios militares. Abrir una brecha de transición entre la dictadura y la democracia requiere de mucha diplomacia, pero, sobre todo, de una alta capacidad política. Y esas fueron las virtudes que tuvieron que desarrollar dichas izquierdas. Hoy en día, esas izquierdas han llegado a ser el mejor garante, no sólo de la democracia y de la libertad en sus respectivos países, sino que también los agentes políticos estabilizadores de sus respectivas naciones. La tarea que tienen por delante es todavía muy grande y tiene que ver con la pregunta de las preguntas de toda actividad política, y esa pregunta es:

¿Cómo es posible democratizar no sólo políticamente sino que, además, socialmente a una nación sin desestabilizar las estructuras democráticas que la constituyen? O formulada, la misma pregunta, de otro modo: ¿Cómo incorporar a la escena política a los sectores sociales excluidos por las derechas y por las dictaduras sin que ello produzca quiebres en el sistema institucional, sistema que es la única garantía para que esos sectores excluidos puedan ser incorporados, pues sin esas instituciones cualquiera incorporación carece de sentido?

Esa pregunta es a la vez el camino pedregoso por el que caminan los nacientes gobiernos democráticos latinoamericanos. El camino son las instituciones. Sin esas instituciones, la política democrática cae en el precipicio sin fin de los populismos antidemocráticos que hoy son, sin duda, las sombras más sombrías que asoman en nuestro continente.

Populismos y fascismos

El populismo en sí no es un problema. La verdad es que no existe ningún populismo “en sí”. El populismo es sólo entendible a partir del calificativo que lo acompaña. Hay, en ese sentido, populismos nacionalistas, populismos regionales, populismos autoritarios, populismos personalistas, populismos militares, y no por último, populismos fascistas. Todo fascismo, por ejemplo, es populista, pero no todo populismo es fascista. ¿Cuándo es el populismo fascista? La mayoría de los científicos sociales están de acuerdo en afirmar que el populismo fascista se da sobre la base de una combinación de cinco “elementos”, a saber: el personalismo, el movimientismo, el nacionalismo extremo, el mesianismo revolucionario, y el militarismo. En ese sentido, las sangrientas dictaduras militares que asolaron el continente sudamericano durante el período de la Guerra Fría, no eran fascistas en estricto sentido del término. Poseían rasgos facistoides, pero eso es algo distinto. La mayoría de ellas no fueron personalistas ni movimientistas, ni mucho menos, mesiánico-revolucionarias. Eran, si se quiere, dictaduras de contención social, y por cierto, extremadamente criminales. Pero no todo gobierno criminal es fascista.

El gobierno latinoamericano que mejor sintetiza las particularidades que constituyen al fascismo, es sin dudas, la dictadura cubana. Que los científicos sociales latinoamericanos no hayan catalogado todavía a ese régimen como fascista se debe por una parte, al discurso pseudosocialista de la dictadura, y por otra, por cierto respeto frente a lo que imaginan fue el pasado revolucionario “glorioso” de Cuba. No obstante, ese pasado terminó definitivamente hace muchos años con la conversión de Cuba en base político-militar de la URSS. Desde ahí fueron establecidas en la isla todas las instituciones propias al totalitarismo de tipo soviético. Ahora bien, después del fin del comunismo soviético, el sistema de Castro ha evolucionado a uno de típico corte fascista.

En verdad, pocas veces se han dado en un sistema político todas, pero todas las condiciones que hacen a un régimen fascista: Personificación extrema del poder, un líder mesiánico, apelación a las masas aclamadoras, milita-

rización de la vida social, uniformidad cultural, pensamiento único, represión a la libertad de reunión, de opinión y de prensa, verticalización para estatal (corporativismo) de las organizaciones sociales, y sobre todo, el imperio del terror, mediante sistemas de vigilancia, delación, y uso metódico de la tortura y del asesinato.etc. Esos son sólo algunos de los rasgos típicos del totalitarismo fascista, y el Estado cubano los reúne y sintetiza de modo perfecto.

Alguna vez hay que descorrer el velo y decir la verdad, aunque a algunos les duela. Pues quien todavía piensa que el régimen cubano es de izquierda, no se da cuenta del enorme daño que hace a la izquierda. Que Castro haga uso de algunos tópicos comunes a las izquierdas, no cambia en nada su esencia fascista. Todo lo contrario.

Hay que recordar que los fascismos europeos, especialmente el de Mussolini y Hitler, secuestraron gran parte del discurso de las izquierdas y lo incorporaron a su repertorio. Mussolini venía del Partido Socialista, y cuando asumió el poder, tuvo el apoyo de muchos socialistas –sobre todo literatos e intelectuales– engañados por su retórica dirigida a las masas empobrecidas, cuyas connotaciones radicalmente antinorteamericanas enfervorizaban tanto a socialistas como a nacionalistas. Su mejor discípulo latinoamericano, Perón, utilizó en los momentos ascendentes de su poder, la misma estrategia. En cuanto a Hitler, hay que recordar que su partido se llamaba “nacional-socialista”.

El núcleo antidemocrático de América Latina

En América Latina, lamentablemente, algunos intelectuales todavía no saben distinguir (como ya ocurrió con los intelectuales europeos de los años treinta) entre lo que un gobernante dice que es y lo que es. Ahora bien, en pocos gobernantes se da una diferencia tan grande entre lo que dice que es y lo que objetivamente es, como en el caso del Presidente Chávez de Venezuela.

Así como el Cono Sur se ha constituido un núcleo democrático con hegemonía de izquierda, Chávez y el chavismo, más sus ramificaciones hacia Perú, Bolivia y Colombia (FARC), constituyen una suerte de núcleo antidemocrático que peligrosamente se extiende hacia otras naciones. De ahí que sea muy importante definir el carácter político de Chávez y el chavismo. Para precisar ese carácter hay que definir primero lo que Chávez y el chavismo *no son*.

Chávez y el chavismo –y esto hay que decirlo muy claro– *no son de izquierda*.

No se trata por cierto de dictaminar subjetivamente quien es de izquierda o quien no lo es. Sin embargo, cualquier observador que sepa algo de Venezuela, no tardará en advertir que dentro de la oposición a Chávez se encuentran muchísimos intelectuales que en cualquier país “normal” (pienso, por ejemplo, en mi propio país, Chile) serían miembros de la izquierda, o de la centro-izquierda. Tanto por su sensibilidad, cultura y tradición, un Teodoro Petkoff, un Armando Córdoba, un Manuel Caballero, und Heinz Sonntag, un Demetrio Boersner, un Roberto Briceño-León, por nombrar al vuelo sólo a algunos intelectuales venezolanos de renombre internacional, son gente de izquierda que, sin embargo, no pueden practicar una política de izquierda, porque el gobernante y sus seguidores han superpuesto sobre la clásica división izquierda-derecha, la división entre “chavismo” y “antichavismo”. A la vez, y en sentido contrario, basta encender la televisión y escuchar a muchos chavistas y al propio Chávez, para darse cuenta de que muchas de las opiniones que emiten no han de envidiar a las derechas más extremas de todo el mundo (nacionalismo, antioccidentalismo revestido de antiimperialismo, y una infinita agresividad verbal, donde por cierto, no faltan las “típicas” alusiones antisemitas)

Chávez

Chávez es un gobernante que insulta a casi todo el mundo. Ni siquiera los obispos y cardenales de la Iglesia católica escapan a su desmedida procacidad. A diferencias de Castro, quien posee un excelente uso del idioma, Chávez tiene serias dificultades para articular una frase con otra, y por eso, podría pensarse, suplanta la retórica con el insulto. Sin embargo, hay en su enorme capacidad de injuria, un propósito que obedece –conciente o inconcientemente– a un cálculo muy frío.

Los de Chávez son insultos cuidadosamente programados destinados a crear una zona de hipertensión emocional e impedir así que la política se articule en torno a algo que no sea el mismo. De este modo, él neurotiza la vida política hasta tal punto, que resulta imposible, en medio de tanta injuria –las que sus seguidores de “camisas rojas”, multiplican– que los polos que se forman alrededor de su persona puedan encontrar algún medio civilizado de comunicación. Efectivamente: lo primero que sorprende a un visitante en Venezuela, es que después de siete años de gobierno, Chávez ha conseguido partir al país político en dos pedazos. Esos pedazos no son de izquierda o de

derecha. Pues a un lado están quienes aman a Chávez. Al otro lado, los que lo odian. Entre ambos no hay ninguna conexión. Quienes eran amigos, ya no lo son. Quienes se respetaban, se desacreditan mutuamente. Nadie discute con nadie. Chávez ha conseguido destruir la polémica, condición de la política, e introducir en su lugar dos monólogos paralelos. El mismo monologa sin limitación de tiempo (hasta siete horas) en su programa semanal, mientras las “camisas rojas” aplauden las vulgaridades más grandes que es posible oír de nadie (ni siquiera en Berlusconi, quien en materia de vulgaridades es vicecampeón mundial).

Si alguien ha leído relatos de los primeros años del fascismo en Italia no se sorprenderá si los encuentra de nuevo en Venezuela. La comunicación política ha sido destruida radicalmente por el propio gobernante. Y la destrucción de la comunicación política es la primera condición para todo proceso de facitización. Eso es lo que está viviendo Venezuela. “Esto va a terminar muy mal”, me dicen muchos venezolanos. “Que Dios no los oiga”, les digo yo.

Naturalmente, también hay chavistas inteligentes. Pero cada vez que uno habla de Chávez, dicen –como avergonzados– que lo principal no es Chávez, sino el proceso del cual Chávez es sólo un símbolo. “¿Cuándo habían alcanzado los pobres más representación que durante Chávez? En eso hay que fijarse”, dicen. “Chávez es secundario”, afirman. Pero, ¿es que se puede hablar del proceso sin Chávez? Chávez está en todas partes, nadie realiza una “misión” (palabra militar-clerical) sin su autorización. Nadie tiene ninguna idea que no sea de Chávez. Él, como el mismo se definió, es el *coach* del equipo. Eso quiere decir que él decide quién jugará o no. “Ah pero Chávez ha llevado a los pobres a la sociedad”, dicen los chavistas inteligentes. ¿A cuál sociedad? –se pregunta uno, asombrado.

No importa que en Chile, Argentina, Brasil, tengan lugar políticas sociales más importantes y sobre todo más racionales que las que han tenido lugar en Venezuela. Lo decisivo es que Chávez, a diferencia de los gobernantes de esos países, no ha integrado a los pobres a la sociedad, sino que al Estado. Sin suprimir la pobreza, Chávez la ha estatizado. Las misiones, entre otras tantas iniciativas populistas, son los cordones umbilicales que atan a los pobres con el Estado. Y el Estado es Chávez. Los pobres son de Chávez; por eso deben seguir siendo pobres. Si, hay por cierto, algunos chavistas inteligentes. Pero no lo son tanto como para reconocer que Chávez no representa un proyecto de sociedad, como ellos imaginan, sino que, antes que nada y sobre todo, *un proyecto de toma de poder*.

Las misiones, los círculos bolivarianos, los comandos de “camisas rojas” son medios para tomar el poder desde abajo. La constitución (a quien él en su estilo llama: “la bicha”), el escudo, la bandera, sobre todo Bolívar, todos los poderes simbólicos de una nación, han pasado a ser propiedad de Chávez quien los modifica o interpreta según su antojo. Chávez intenta tomar el poder desde todos lados. Desde abajo, desde el medio, y por supuesto, por arriba cuando haciéndose aclamar en “foros mundiales” despótica en nombre de la justicia universal, en contra de su último descubrimiento: el “imperialismo norteamericano”.

Pero Chávez no es antiimperialista. Chávez es en primera línea, antide-mócrata. Por eso ha insultado, de la manera más soez, a diferentes gobernantes y políticos democráticos de América Latina. Lagos, Fox, Toledo, Uribe, Lourdes Torres, entre tantos, han debido sufrir las injurias de Chávez. Nadie ha insultado en su vida a tantas personas decentes como ha hecho Chávez. No obstante, se equivocan aquellos que piensan que Chávez insulta por insultar. Como ha sido dicho, sus insultos, cuidadosamente calculados, forman parte de su estrategia de poder. Mediante el insulto, destruye las posibilidades del diálogo político, tanto hacia el interior como hacia el exterior del país. Y donde no hay política, comienza el terror. La creciente ocupación de la administración pública por personeros militares, es el ejemplo más visual de la corrosión de la política que tiene lugar en Venezuela. Mientras en el pasado los militares latinoamericanos tomaban el poder de golpe, en Venezuela lo toman en “cámara lenta”. El segundo paso, será la militarización de la nación, y es desde ese objetivo que hay que entender los llamados del Presidente a defender al país de una invasión norteamericana.

El objetivo de Chávez es, evidentemente, provocar un clima de alta tensión con los EEUU. Sus injurias a Bush han ido aumentando en cantidad y en volumen. Exasperado tal vez porque el gobierno de EE UU no pisa (todavía) la trampa, ha agredido en los términos más repugnantes que es posible imaginar, a Condolezza Rice, algo que nunca habría hecho un Fidel Castro (dictador, pero educado).

La verdad es que Venezuela no tiene ningún problema real con los EE UU: ni económico, ni territorial, ni de ninguna índole. A diferencias de Castro quien siempre arremete verbalmente en contra de USA sobre la base de problemas concretos, Chávez arremete gratuitamente, con el objetivo más que evidente, de provocar un conflicto internacional. Ahora bien, en una situación de alta tensión internacional, Chávez intentará dividir al país entre “patriotas antiimperialistas”, y “esbirros al servicio del imperialismo”. De este modo,

estar en contra de Chávez significará “traicionar a la patria”. Los ataques a EE UU son, evidentemente, una pieza clave en su proyecto de toma total del poder.

Va ser muy difícil para la oposición democrática de Venezuela terminar con el chavismo. El régimen no sólo controla el Estado (y el petróleo) sino que se ha infiltrado hacia el interior de la sociedad civil. Los comandos chavistas actúan en las provincias, pueblos y barrios, y la violencia crece “hacia dentro”. El chavismo controla, además, los medios de recuento electoral. Y desde el exterior, los Ramonet y los Chomsky (y la izquierda festiva que les sirve de coro) están dispuestos a legitimar cualquiera monstruosidad siempre que sea antinorteamericana.

Es cierto que Chávez llegó al poder como consecuencia de la corrosión de la democracia venezolana, y esa es la deuda histórica que tienen los dos principales partidos con su nación. Pero siete años ya es suficiente castigo. Es cierto también que en Abril del 2002, una fracción enloquecida de la oposición, siguiendo el juego a Chávez, se embarcó en una aventura golpista. Gracias a esa aventura, realizada a espaldas de la mayoría de la oposición (justo en el momento cuando Chávez estaba políticamente cercado) Chávez obtuvo como regalo una legitimación democrática que, el menos que nadie, puede ostentar.

Pero poco a poco, la oposición ha ido ordenando sus filas. Chávez intentará destruirla al crear una línea divisoria “o Venezuela o los EEUU”. Si la oposición estará en condiciones de imponer la verdadera línea divisoria que atraviesa a Venezuela, que es la de “chavismo o democracia” (o incluso, “fascismo o democracia”) es algo que está por verse. Pero si la oposición triunfa –y un día, más temprano que tarde triunfará– puede que ese no sea un triunfo de “la izquierda”. En cualquier caso, será un triunfo de la democracia.

Pero, antes que nada, será, un triunfo de la decencia.

Conclusión

Después de la Guerra Fría América Latina ha entrado en un proceso de democratización. Su núcleo central se encuentra en el Cono Sur, donde las izquierdas han asumido el rol de agentes democratizadores en sus respectivas naciones. El desafío de esas izquierdas democráticas es doble: Realizar reformas sociales preservado el espacio político, y a la vez, crear condiciones para la también creciente democratización de las derechas.

Pero paralelamente, ha surgido –a partir de la alianza entre el fascismo cubano y el chavismo venezolano– un núcleo antidemocrático que sobre la base de un agresivo antinorteamericanismo busca atraer hacia sí los movimientos étno-racistas y los nacionalismos militaristas que se presentan en diferentes países latinoamericanos (sobre todo en Bolivia, Perú y Ecuador). Cual será el núcleo dominante en un futuro próximo depende por una parte, de las oposiciones democráticas que surjan en los países del núcleo antidemocrático, pero sobre todo de la cada vez más inestable correlación internacional. Pues no hay que olvidar que ambas tendencias de la política latinoamericana se dan en medio de un enfrentamiento, que también será militar, entre las naciones democráticas occidentales con EE UU a la cabeza, frente a la amenaza cada vez más evidente del totalitarismo islamista. Eso quiere decir, que el futuro político próximo de la región también dependerá de la política que desarrolle EE UU respecto a América Latina. Ahora bien, esa política ha brillado, hasta ahora, por su ausencia.

EE UU tiene una gran deuda política con las naciones latinoamericanas. Su legítima guerra en contra del comunismo llevó a USA, en el pasado reciente, a utilizar espacios latinoamericanos como campos de operaciones en contra de la avanzada castro-soviética. Las dictaduras de “seguridad nacional” fueron en muchos casos (aunque no siempre) apoyadas por los EE UU. Esa era y es una razón para que EE UU se hubiera comprometido, después de terminada la Guerra Fría, a apoyar más consecuentemente el proceso de democratización que hoy está teniendo lugar. El resentimiento –muy entendible– que mantienen muchos latinoamericanos frente a EEUU, ha abonado el terreno para que aparezcan los Chávez del continente. La administración Bush no ha logrado entender que una política hacia América Latina es más compleja, difícil y sensible, que firmar simples acuerdos comerciales. Quizás el gobierno que siga al de Bush, decidirá saldar al fin esa deuda política. Pues, no siempre las relaciones entre USA y América Latina han sido tensas. Un futuro gobierno norteamericano debe sólo retomar la tradición iniciada una vez por Roosevelt, continuada por Kennedy, y practicada por Carter. Sólo cabe esperar que, cuando ello ocurra, no sea demasiado tarde.